



Por Eladio Secades

Silverio se impuso en la semi-corrída celebrada ayer.

TOROS en La Haavana. Toros en La Habana, pero nada más que a medias. La corrida de ayer con recortes decretados por las circunstancias fué un acierto y fué también una desilusión. El público respondió al grado de abarrotar las gradas, los palcos y buena parte de la zona de preferencias. Se respiraba en esa afición naciente una fiebre alta de torería. Que salga el bruto. ¡Que lo maten! Voces a coro pedían la última pena para el astado. No podía ser. Silverio Pérez después de derrochar arte, serenidad y bravura al lidiar con la muleta al tercer enemigo (estrella negra de la tarde) lo colocó en disposición de recibir la estocada... Levantó en alto la espada y se volteó para mirar al público con una mirada que era un poema infinito y silencioso. «Si yo pudiera»... Al gesto del diestro mexicano siguió una tempestad de aplausos, de gritos, de murmullos impresionantes. Lo dicho: una corrida así no es corrida ni es nada. Las banderillas se fijan medio instante en el lomo del bruto y caen al suelo como dos palitroques inútiles y envueltos en papel crepé. Como el toro sobrevive, la faena no termina nunca. El programa de ayer había finalizado, ya habían desfilado por el coso los cuatro ejemplares de Aguas Vivas, ya Armillita y Silverio habían saltado la valla y emprendían la retirada al hotel y todavía la muchedumbre estaba en su puesto, sin comprender que la fiesta sin fiesta había tocado su fin. No puede ocultarse que, después de todo, ha sido admirable el esfuerzo de los organizadores, contra tanta crítica tradicional y contra tantos inconvenientes materiales, pero no hablemos del abismo existente entre una cartelera de verdad, como indican los cánones, como debe ser, como ha sido siempre, y ese simulacro que convierte el toreo en bosquejo incapaz de llegar al alma. Silverio Pérez y Armillita han sido presentados en Cuba en tales condiciones de desventaja, que vaya por delante la constancia de que los dos hicieron bastante más de lo que de ellos podía esperarse. Una corrida sin puya, sin banderillas de verdad y con una espada de madera adornada con papel de envolver chocolate reduce y relega la belleza de la institución taurina al plano de la profanación...



LA semicorrída de ayer fué un éxito por el interés que despertó en gran parte de nuestro pueblo y por la numerosa concurrencia que atrajo. Ha sido favorable, asimismo, por el empeño demostrado por los toreros que son huéspedes de La Habana. Pero los espectadores no quedaron satisfechos. Sin conocer de toros, comprendían que faltaba algo. Que faltaba mucho. Que faltaba casi todo. La función había finalizado y los contribuyentes no se movían de sus asientos. El desfile se fué iniciando lento y tristemente. Si a ese público que invadió ayer el stadium del Cerro le proporcionan el espectáculo taurómico con todas las de la ley, se desborda y arrebata. ¿Qué duda cabe? Lo comprobamos claramente cuando Silverio Pérez con su tercer toro ligó algunos muletazos y terminó con un adorno de espalda a los pitones y de cara al respetable. De todos los ámbitos salían gritos entusiastas: ¡bravo!... ¡mucho! ¡Silverio! Y en seguida el coro eterno pidiendo que mate. La coronación de esos alardes del fenómeno hubiera sido la estocada hasta la cruz, pero el toro sigue vivo, correteando, escarbando en la arena y es lógico que la conmoción de las tribunas públicas quede incompleta. Así el toreo no merece la pena.



2

MUY pobre y muy deslucida la salida de la cuadrilla. Al frente marchan Silverio y Armillita. Aquél luce un traje color perla. El otro viste un terno plata con aplicaciones azules. Todos los integrantes del desfile llevan un lazo negro en el brazo, como homenaje a la memoria del Monstruo Manolete muerto hace pocas horas en una plaza española. Desde los magnavoces del local se anuncia que cumpliendo un deseo de Silverio y Armillita se le pide al público la piedad de un minuto de silencio. Se realiza la ceremonia con fervor que conmueve, porque en Cuba ha causado síncera consternación la caída del ídolo cordobés. Y sale el primer toro. Es negro, pequeño, flaco y feo. Se le recibe con palmas. Después de la rutina de los capotazos preliminares sale Armillita a torearlo con la capa. Basta cualquier cosa para que la afición incipiente se ponga de pie y se quemé las manos. La reacción es delirante cuando el veterano ejecuta dos pases naturales bastante arrimado. Parece que Armillita está descontento con las condiciones del burel al que tiene que meterle la franela en el mismo hocico para que embista. Cuando se arranca el bicho, Armillita pretende en vano sacarle partido. Frena y no regresa. No hay suerte que pueda repetirse. El maestro de tantos años de experiencia aprovecha dos lances a pie firme para quedar de frente a la concurrencia a la que mira con gallardía, hasta que por obra de hipnotismo surge la gran ovación. Pasa el animal por la cortésia de las dos banderillas de zarzuela y cuando Armillita coge la muleta, el toro mueve la cabeza como buscando la puerta que conduce a los camerinos...



EL segundo toro, es también negro, pero más fuerte, más grande, encornado y con un brío que asusta. La cabeza alta. Los pitones muy abiertos. Acude como una exhalación a buscar las capas aparatosas de los peones. Parece que a Silverio le gusta el adversario y en seguida le sale al encuentro. ¡A torear se ha dicho... Recibe al burel con un lance de capa tan desenvuelto, tan ceñido, tan suave, que al paso del toro sigue un rúgido unánime que sale de las gradas. Cita otra vez Silverio y como el animal responde, el diestro mexicano se adueña por completo de la emoción de los espectadores y prolonga la faena entre demostraciones de entusiasmo sin fin. Todo ese ambiente de aprobación colectiva que arrancó de los asientos a millares de aficionados, es superado momentos más tarde cuando Silverio tomó la muleta para aprovechar el toro propicio, el mejor de la corrida. Sube el trapo rojo y el bicho pasa rozándole la cintura... Ahora se detiene y marcando la tierra con el paño encarnado, se va acercando lenta y majestuosamente a la cabeza del toro. El silencio es absoluto. Silverio avanza hasta meter la muleta en los ojos del animal, que por fin se arranca entre tanto el diestro se cuadra con gracia y deja de mirar al enemigo para responder al alboroto entusiasta de la concurrencia. Toreando dentro de la respiración del astado, hay un momento en que Silverio saca la espada del percal rojo sube los brazos y junta los ipes. Es el ademán de matar. Millares de voces se lo piden. ¡Mata!... ¡Mata!... El torero mueve la cabeza en señal de resignación. No puede ser... Y se aleja sonriendo.



EL lucimiento de Armillita se redujo al tercer toro, muleteado de rodillas y con tal dominio, que el maestro sujetó con la mano uno de los pitones. Parecía que lo estaba ayudando a embestir. Con anterioridad el mismo Armillita deslumbró a nuestros aficionados, flamantes e inéditos en estas cosas de la torería, reactualizando unos lances junto a la barrera. Lo cierto es que Silverio estuvo más afortunado que su compatriota, porque le tocó el único toro explotable de la corrida. El tercero, de Armillita fué, hasta cierto punto, su oportunidad de desquitarse... El cuarto era tan negro y tan brillante, que diríase que antes de salir del toril le aplicaron un maquillaje de betún y paño. Manso perdido, transcurrió con más penas que gloria. Menos mal que Silverio lo muleteó a los acordes del pasodoble de Agustín Lara. Terminaron Armillita y Silverio el trabajo de la tarde, saltaron la barrera para dirigirse a los automóviles que habría de conducirlos al hotel... y todo el público permanecía allí. No sabía que el programa había terminado...

SM, Ag 3/44



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA